

CARMEN CONDE EN GOZOSO REGRESO

IGNACIO PÉREZ PÉREZ
Universidad de Murcia

Para poder aplicar a un libro y a la ocasión de su lanzamiento al mundo editorial el calificativo de “gozoso”, necesitamos que se haya producido algún acontecimiento letificante, y así venga a explicarnos el porqué. Tal sucede con la *Antología Poética* de Carmen Conde que la editorial Biblioteca Nueva ha puesto a disposición del lector este año 2006¹, cuando se cumple el centenario del nacimiento de la autora. Pero se hace precisa también una mano experta, mano de profesor y de investigador, con el fin de confeccionar esta o cualquier antología, eligiendo los poemas, presentándola, prologándola,...es decir, recreándola, ofrecerla a los ojos actuales con el esplendor conmemorativo del que está nutriéndose este año 2007. Dicha tarea la ha llevado a cabo Francisco Javier Díez de Revenga, profundizando en los principales hitos biográficos de la poetisa cartagenera, acercándonos a su trayectoria poética en unas pocas páginas (lo que supone un brillante esfuerzo de síntesis), comentando lo mejor de su estilo, y seleccionando sus más significativas creaciones.

El periplo vital de Carmen Conde andará marcado por algunos acontecimientos que Díez de Revenga consigna sin atosigar, y expone con interés de docente y preocupación de filólogo: fechas, nombres (como el de su esposo Antonio Oliver), viajes o visitas, la guerra, la maternidad no conseguida, etc. Como maestra y como escritora, su preocupación por el tema infantil es notable y perceptible en distintos lugares y épocas; no pocas son las concomitancias con Gabriela Mistral, a quien le unía una amistad de juventud (ella misma le dedicó un cariñoso prólogo). Pero es, sin duda, en la valoración de su poesía y sus libros donde la calidad y la calidez (hay calor humano en su palabra científica, algo que sólo las Letras facilitan a nuestra época complicada y escéptica) de los planteamientos del editor nos dan la sensación de estar ante una *Antología Poética* querida y madurada, hija del trabajo y del cariño. Opinión esta que será comprendida aún mejor al leer los poemas que la compo-

¹ Carmen Conde, *Antología poética*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

nen. Sin duda que la clásica paradoja “análisis-síntesis”, en el ámbito de las Humanidades se vuelve particularmente difícil de superar, de explicar; en una palabra: es difícil llegar a hacerla posible. Pues bien, pocos trabajos resultan tan “conciadores” como este (en el sentido a que venimos refiriéndonos).

El corto espacio de veintiséis páginas constituye toda una lección magistral a que están muy poco acostumbrados los libros, los tiempos y las aulas de hoy. Porque las lecciones magistrales tienen que resplandecer en la riqueza de los conceptos, la sencillez de su expresión y la tersura de su forma. Y estas dos últimas características no siempre se han dado ni se han tenido en cuenta. Algo de todo ello encontramos en esta “Introducción”. Repasa minuciosamente los presupuestos estéticos, temáticos..., hasta llegar a los métricos, cosa tan desusada hoy y que, sin embargo, constituye la clave de acceso a muchos de nuestros poetas. Podrá quizás, esta reseña, dejar algún detalle en el tintero (al fin y al cabo, su mismo ser de reseña lo exige metafísicamente), pero nunca en modo alguno que sea éste de la métrica, puntal estético tan importante y tan preterido. Díez de Revenga acota firmemente el terreno, donde conviene pisar con entero conocimiento, que él posee. Así, al hablar (p.22) de *Los monólogos de la hija*, en que Carmen Conde homenajea a su madre, refiere que “El verso se hace en este libro más breve, de arte menor, octosílabo, organizado en bien contruidos romances, quizá con el deseo de construir en sus límites reducidos ese mundo de intimidad evocado”. *Enajenado mirar*, libro de reflexión existencial, con tono amoroso, está también cargado de poderosa fuerza métrica que es desentrañada de este modo (p.26): “Una buena y excepcional serie de octavas en endecasílabos blancos preparan para los siguientes fragmentos vitales del pasado, entrevistados desde la mirada del presente”. Descubrir tras el telón formal una motivación estética o ambiental última es una extraordinaria proeza filológica.

Carmen Conde revive a través de este trabajo, y la presente obra es una radiografía de su incesante caminar poético, y de su interior mismo como mujer y ser dotado de alma. Muchas de las características configuradoras de su poesía y de su persona no estaban lo suficientemente iluminadas. Por ejemplo, la espiritualidad a que no está acostumbrado ni el lector actual ni el poeta actual. Se ha suprimido (y en casos lamentables se ha proscrito) el concepto de “espiritual” y “espiritualidad” por una serie de temas, gestos y conceptos sucedáneos, aunque no exentos de riqueza y hondura lírica. Sin embargo, en Carmen Conde este aspecto posee especial relevancia: surge, sorprendente por demás, *El arcángel*, que Díez de Revenga comenta así (p.16): “La intensidad del momento teológico le incita a luchar por su comprensión, pero el misterio supera a la humana conciencia y envuelve con su historia a la cantora de lo imposible. La figura del arcángel, el ensueño de su evocación, enriquecen la visión llena de luz de este intenso poema”.

De su fe personal, su ascetismo, su unión profunda con los grandes místicos, resultan poemarios como *Ansia de gracia* o *Mujer sin Edén*, donde las referencias escriturísticas y religiosas, con su matiz personal de verdadera fuerza interior, consagran a la poeta, que mereció un subido elogio de Concha Zardoya, sabiamente traído aquí por Díez de Revenga: “el ascetismo expresivo es uno de los caracteres más acusados de *Mujer sin Edén*, libro enraizado en la propia carne y en la entraña del alma: libro humano y, a la vez, libro místico o libro ascético. Sus versos nacen del espíritu de la Mujer y tocan el misterio de Dios, alzándose a los cielos de la dolorida existencia”. Partiendo de esta sabrosa cita, vamos a adentrarnos en otra línea vertebradota de la poesía de Carmen Conde, que el autor de la “Introducción” consigna y explica: su sensibilidad femenina.

A tal respecto, vemos a una mujer marcada por la guerra civil y por una expresión muy particular en cuanto a la creación de imágenes, tarea desempeñada aquí por ella con verdadera pasión de artífice, donde la conjunción sensorial da lugar a deliciosos versos como éste de “La primera flor” (perteneciente a *Mujer sin Edén*): “Esta flor ya fue mía. ¡Pura y tierna campana/ que su olor me volcó sobre la espalda húmeda!”. El entretejido humano y poético crepita con las distintas llamadas de atención a los sentidos. Dicha composición acaba felizmente apelando a la poderosa representación mental del lector: “Fragancia generosa, te asumiré extasiada; /rosa que en frenesí de inesperado júbilo/advienes a mi noche de compactos luceros/ te cambio por el sueño, por el pan, por el agua”. Los sustantivos se combinan con adjetivos de atrevida corriente semántica, para concluir en la sencillez de lo divino con tres palabras cotidianas, necesarias y constantes en la vida: el descanso, el alimento, el agua. Podríamos continuar analizando la múltiple muestra que el editor propone de cada libro de la autora: intenta, como ya hemos señalado, aunar todas las facetas y que la antología resulte lo más completa posible. Habría excepciones imperdonables, no obstante. Llenos de elegancia femenina se encuentran *Los poemas del Mar Menor*, canto delicado a las bellezas de su tierra natal: “Me abandono en tu mar, me dejo tuya/ como darse hay que hacerlo para serte./ Si cerrara los ojos quedaría/ hecha un ser y una voz: ahogada viva”.

El código metafórico de Carmen Conde se desgrana en los diferentes poemas elegidos, y su esencia misma trasciende. Hace cien años, nació aquella mujer que tanto admiró a Teresa de Jesús y que fue la primera en contarse entre los miembros de la Real Academia Española: su poesía es testimonio y lumbre. Toca al lector visitar este mundo maravilloso.